

PARTIDOS POLÍTICOS Y SISTEMAS DE PARTIDOS



Director de la colección: Ramón Máiz Suárez
Título original: *Political Parties and Party Systems*
Serie Ciencia Política

0367643

11059

Colección Fundamentos n.º 210

© Alan Ware, 1996

La presente traducción, publicada originalmente en inglés en 1996, se publica por acuerdo con Oxford University Press.

© Ediciones Istmo, S.A., 2004

para todos los países de habla hispana.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos (Madrid)

Tel.: 91 806 19 96

Fax: 91 804 40 28

Diseño de cubierta:

Sergio Ramírez

ISBN: 84-7090-422-1

D. L.: M. 447-2004

Impresión:

Fernández Ciudad (Madrid)

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

SEGUNDA PARTE:
SISTEMAS DE PARTIDOS

V. LA CLASIFICACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS

Sección A

Los sistemas de partidos suponen tanto competición como cooperación entre los distintos partidos. En este capítulo se examinará si es posible o si merece la pena clasificar estas arenas en las que se desarrolla la competición y la cooperación. Existen dos razones que se aducen para justificar que la clasificación es un paso importante a la hora de comparar los sistemas de partidos entre sí:

- Durante bastante tiempo, y especialmente en los años cincuenta, sesenta y setenta, la mayoría de los politólogos creían que existía un número limitado de tipos de sistemas de partidos en las democracias liberales. En las primeras y más sencillas clasificaciones se distinguía entre sistemas bi y multipartidistas, si bien clasificaciones posteriores como, por ejemplo la de Sartori, eran mucho más complejas que todo esto. Pero lo que todas tenían en común era que pretendían explicar los distintos tipos de comportamiento que se apreciaban entre los partidos, algo supuestamente asociado a los diferentes tipos de sistemas de partidos. Los intentos de clasificación surgieron a partir de la ambición muy natural por parte de los politólogos de poder decir algo más que, por ejemplo, entre los principales rasgos del sistema de partidos británico cabe incluir (a), (b) y (c), mientras que entre los

principales rasgos del sistema japonés cabe señalar (x), (y) y (z). Los politólogos querían poder decir que el sistema de partidos británico constituye un ejemplo de un tipo concreto de sistema de partidos, digamos de M, y que, como tal, entre sus rasgos se incluye (a) y (b), si bien muestra como rasgo específico (c). Por otro lado, Japón tiene un sistema de partidos del tipo N y debido a esto entre sus rasgos se incluye (x) e (y), aunque también resulta que presenta como rasgo peculiar (z). Así la ciencia política podrá a continuación pasar a explicar por qué los sistemas de los tipos M y N evolucionaron de la forma en que lo hicieron.

Desafortunadamente, en el mundo real existen un amplio número de variables que afectan al modo en que evoluciona un sistema de partidos concreto, de manera que el intentar imaginar esquemas de clasificación con este objetivo ha resultado ser un ejercicio desalentador.

• Existe una segunda razón por la que los politólogos consideran importantes estos esquemas clasificatorios y que explica que éstos sigan formando parte de los libros sobre sistemas de partidos¹. Para quienes inician sus estudios de política comparada, la clasificación de los sistemas de partidos es una forma muy útil de simplificar una realidad extremadamente compleja. El mundo de los sistemas de partidos sería excesivamente difícil de comprender si tuviéramos que dominar muchos de sus rasgos en los veintidós regímenes liberal-democráticos. Por lo tanto, el esquema clasificatorio actúa de guía y es relativamente útil hasta que el recién llegado a estos temas de estudio ha adquirido los conocimientos suficientes de los sistemas de partidos concretos como para estar en situación de olvidarse de él. El que los expertos en política comparada no utilicen esquemas de este tipo en sus investigaciones no significa que no sean mecanismos extremadamente importantes para empezar a adquirir una cierta comprensión de los sistemas de partidos.

Es en este contexto en el que debe comprenderse el sentido del presente capítulo. Señalaré brevemente algunas de las vías por las que podemos optar a la hora de formular una clasificación de los sistemas de partidos, pero también mostraré por qué

¹ Vid., por ejemplo, la selección de ensayos y artículos reeditados por P. MAIR, *The West European Party System*, Oxford, Oxford University Press, 1990.

con estas clasificaciones no seremos capaces de captar las diferencias clave que existen entre sistemas de partidos que, superficialmente, parecen pertenecer al mismo tipo.

Primeros pasos a la hora de diseñar una clasificación

A la hora de clasificar los sistemas de partidos, el primer punto a tratar es el de qué partidos debemos incluir y a cuáles optamos por excluir del sistema. Para ilustrar hasta qué punto debemos considerar esto un «problema» podríamos considerar el caso del sistema de partidos británico en los años cincuenta.

Todo el mundo afirma que Gran Bretaña tenía un sistema bipartidista en esa década, y que lo había tenido desde principios o mediados de los años treinta. Sin embargo, los partidos Laborista y Conservador no eran los únicos partidos que presentaban candidatos o ganaban escaños en la Cámara de los Comunes. En concreto durante los años cincuenta, el Partido Liberal disputó al menos cien escaños parlamentarios en cada elección, obtuvo entre un 2.5 y un 9 por 100 de los votos y contó con una media docena de parlamentarios. También se presentaban candidatos del Partido Comunista y otros partidos. ¿Por qué no contamos a estos partidos al describir el sistema de partidos británico? La respuesta más concisa es que eran algo completamente marginal en la política británica de los cincuenta. La mejor de las generalizaciones formales sobre este punto es la adelantada por Sartori, que diseñó un criterio de «irrelevancia» para determinar qué partidos deberían incluirse y/o excluirse a la hora de clasificar los sistemas de partidos².

El criterio de Sartori implica dos condiciones para la inclusión; si un partido no cumple ninguna de estas dos condiciones no debería figurar como parte del sistema de partidos:

- 1.- Potencial de coalición: el partido debe haber sido necesario, al menos en una ocasión, para crear una coalición viable capaz de hacerse con el gobierno.

² G. SARTORI, *Parties and Party Systems*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976, pp. 121-123.

2.- Potencial de chantaje: la existencia del partido debe afectar a las tácticas de competición de aquellos partidos que tienen «potencial de coalición»³.

Sólo los partidos Laborista y Conservador cumplían el primero de los requisitos en los años cincuenta. Uno de estos dos partidos estaba destinado siempre a ganar una mayoría de escaños en unas elecciones generales, de manera que ni siquiera se planteaba la posibilidad de incluir en el gobierno a otros partidos. Además, ninguno de los otros partidos controlaba un porcentaje significativo del voto, o controlaba áreas tan importantes de la vida social que forzara a laboristas y conservadores a modificar la forma en que competían entre sí.

Cuando hablamos del caso británico puede que no parezca obvia la necesidad de que se planteen dos condiciones diferenciadas respecto del «criterio de irrelevancia», pero esta necesidad se hace más evidente cuando tomamos en consideración Estados en los que, por lo general, el gobierno se basa en coaliciones. La primera condición es importante para identificar a aquellos pequeños partidos que nunca son necesarios para formar un gobierno de coalición de aquellos que sí lo son. Pero, si eliminamos la segunda de las condiciones, habría un cierto número de países con grandes partidos comunistas (entre ellos Francia e Italia en los años cincuenta) en los que no podríamos contar a

³ Sartori tenía en mente partidos grandes a los que ningún otro partido querría como socio en una coalición, bien porque mantuviera puntos de vista extremistas en lo tocante a la política, bien porque se opusieran al régimen mismo. De ahí la utilización del término «chantaje». Surge así la cuestión del tratamiento que se debe dispensar a partidos grandes que no tienen «potencial de coalición» en sentido estricto, pero cuya agenda política puede afectar a la forma en que los demás partidos compiten entre sí. El NPD (social-demócrata) canadiense de los años sesenta y setenta constituye un buen ejemplo. No tenía «potencial de coalición» debido a que cuando uno de los dos grandes partidos no obtenía mayoría parlamentaria absoluta, los partidos siempre preferían formar un gobierno minoritario. Pero el NPD ni era un partido extremista, ni era una fuerza antisistema, de manera que no se podía decir, recurriendo al lenguaje coloquial, que estuviera «chantajeando» a los otros dos partidos. Sin embargo, su capacidad para obtener entre un 12 y un 20 por 100 del voto forzaba a estos partidos a reconsiderar su agenda política a la vista de las políticas propugnadas por el NPD. Desde este punto de vista se podría decir que sí tenía «potencial de chantaje», aunque no se tratara del tipo de «chantaje» en el que estaba pensando Sartori.

estos partidos como parte del sistema de partidos. Esto ocurría porque, a partir de aproximadamente 1947, los demás partidos nunca invitaron a los comunistas a formar parte de un gobierno de coalición y, a su vez, los comunistas nunca pudieron asegurarse los votos suficientes como para pensar en formar un gobierno propio. Sin embargo, no puede haber duda alguna de que, a pesar de su carencia de potencial para formar coaliciones, estos dos partidos comunistas ejercieron una gran influencia en sus respectivos países sobre las estrategias competitivas y de cooperación de los otros partidos.

Ahora que hemos dado con un criterio para determinar a qué partidos debemos incluir como parte del sistema de partidos de un país, podemos pasar a examinar los factores a tener en consideración a la hora de diseñar la clasificación de un sistema de partidos. Existen cuatro formas básicas en las que los sistemas de partidos difieren entre sí y que, por lo tanto, deberían pasar a formar parte de los esquemas clasificatorios de los sistemas de partidos:

1. La medida en que los partidos están implantados en la sociedad.
2. La ideología de los partidos.
3. La postura adoptada por el partido ante la legitimidad del régimen.
4. El número de partidos que componen el sistema.

En este capítulo examinaremos uno a uno todos estos elementos. Como tendremos ocasión de ver, se dedica mucho más espacio a analizar el cuarto de estos puntos que al estudio de los otros tres. Esto no debe llevar a pensar que este elemento sea más importante que los demás. Todo lo contrario, se apreciará que el tener en cuenta sólo el número de los partidos que componen un sistema es una base de clasificación totalmente inadecuada. Sin embargo, existen dos razones que explican el que se dedique tanta atención a este elemento. En primer lugar, hasta la publicación de la obra de Sartori *Parties and Party Systems* (edición española: *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza, Madrid, 2002) a mediados de los años setenta, las clasificaciones basadas en el número dominaban la mayoría de los análisis de sistemas de partidos. Aunque Sartori abra su análisis hablando del número de

partidos del sistema, una de sus principales contribuciones es la de exponer las limitaciones de este método. Aun así, este tipo de clasificaciones siguen ocupando un lugar central en gran parte de las discusiones académicas y populares sobre sistemas de partidos. En segundo lugar, al discutir sobre el «número» podemos explorar algunos temas relacionados con la naturaleza del sistema de partidos que, de otra forma, nunca hubieran surgido.

1. La implantación social de los partidos

Existe una considerable variación en el grado de implantación social de los partidos. En uno de los extremos tenemos ejemplos de vínculos muy laxos entre votantes y partidos. En estos sistemas prácticamente ninguno de los aspectos relacionados con la actividad de los partidos afecta a la vida de la mayoría de la gente. Sólo unos pocos ciudadanos se identifican con el partido y sólo un número muy reducido de ellos realiza algún tipo de tarea política para el partido. Es incluso posible, que sólo relativamente pocos votantes sean capaces de reconocer los nombres de los partidos políticos o de saber quiénes son sus líderes. En el otro extremo, hay partidos que pueden estar profundamente implicados en muchos aspectos de la vida social, la mayoría de la gente se identifica con los partidos, leen periódicos que bien pueden ser periódicos de los partidos y llevan a cabo muchas actividades sociales que se encauzan a través de organizaciones relacionadas con el partido, etcétera.

Por lo general, la implantación social de un partido afecta a la competición entre partidos de dos formas:

- Cuanto menos penetración social exista, más fácil resultará a los partidos nuevos ver la luz y competir con los que ya existían antes. Uno de los factores que han hecho sencillo el que surgieran nuevos partidos en Europa del Este y Central a principios de los años noventa, ha sido la ausencia de vínculos entre votantes y los partidos existentes, a excepción de los antiguos partidos comunistas. Cualquiera podía crear un partido nuevo y tener la esperanza de ganar simpatizantes, por la simple razón de que los partidos existentes también estaban luchando por obtener la lealtad de sus electorados. Evidentemente, hay muchos factores

institucionales que restringen las oportunidades de nuevos participantes potenciales en las democracias liberales *establecidas* (me refiero a aspectos como la normativa electoral), pero no cabe duda alguna de que la implantación social de los partidos contribuye a limitar estas oportunidades.

- Cuanto mayor es la penetración social de los partidos, más tentados se verán a concentrarse en retener el apoyo de quienes les son leales. Y cuanto mayor sea el número de los partidos existentes en un sistema de «alta implantación social», más tenderán todos a centrarse en retener el apoyo de quienes les son leales. En estas circunstancias cuentan con pocos incentivos para actuar como partidos «atrapatodo» (*catch-all*) buscando votos de entre una amplia banda de grupos sociales. El sistema consociacional de los Países Bajos (1917 a finales de la década de 1960) era un buen ejemplo de penetración extensa de todos los partidos mayoritarios. Era un sistema de partidos altamente estable, presumiblemente no a pesar de, sino debido a los llamamientos partidistas que los partidos hacían a los votantes.

No obstante, debemos cualificar la conexión que hemos establecido entre la penetración social de un partido y la estabilidad del sistema de partidos en tres aspectos importantes:

En primer lugar, algunos sistemas de partidos muy inestables contaban con partidos que estaban muy implantados en comunidades concretas, si bien, en general, los partidos del sistema tenían una implantación social débil.

Un buen ejemplo de esto serían los partidos comunistas y de centro en la Alemania de Weimar y los comunistas de la Cuarta República francesa. De hecho, el que estos partidos fueran algo excepcional en el seno de sus respectivos sistemas posiblemente contribuyera a su inestabilidad. Esta situación se debía en parte a su tamaño, y en parte a la actitud de los comunistas, en concreto, frente al régimen. Un partido comunista importante limitaba la competición en ambos regímenes por el voto de la izquierda y asustaba a los votantes de la derecha (cuyo partido tenía una escasa penetración social) haciéndoles volcarse en partidos antisistema que fueran «antirrojos». Esta es una de las dinámicas clave a la hora de explicar la inestabilidad de estos sistemas. Si entendemos este punto podremos apreciar algunas de las

conexiones existentes entre diferentes elementos de los sistemas de partidos.

En segundo lugar, la configuración concreta de los partidos en el seno de un sistema puede prevenir una inestabilidad excesiva, incluso en aquellos sistemas de partidos en los que la penetración social es muy débil.

Por ejemplo, el sistema de partidos de la Tercera República francesa (1871-1940) no era tan inestable como el de la siguiente República (1946-58). Entre los factores que pueden explicar esta evolución está el papel desempeñado por el Partido Radical en la Tercera República, un partido grande que ocupaba el centro del espectro político, mientras que los radicales eran mucho más débiles durante la Cuarta República. Además, los partidos estaban tan descentralizados (en realidad se trataba de alianzas nacionales de políticos locales) que el sistema de partidos pudo encajar la mayor parte de los giros en el apoyo de los votantes en el seno de los grupos de partidos existentes. Los partidos eran porosos y, por lo tanto, hacían difícil que se formaran grandes organizaciones nuevas que pudieran aprovecharse de la falta de penetración social de los partidos. Si hablamos del sistema de partidos norteamericanos podemos aducir argumentos similares sobre la porosidad de los partidos y el impacto de este factor sobre la competición entre ellos; en Norteamérica, el bipartidismo ha sobrevivido a pesar del debilitamiento de los vínculos existentes entre partidos y votantes.

En tercer lugar, existen factores institucionales que pueden inhibir el desarrollo de nuevos partidos, incluso en países donde la penetración social de los partidos es relativamente baja.

El presidencialismo y otros factores han limitado las oportunidades para nuevos participantes en el sistema de partidos en países como Argentina o Brasil y es en este sentido limitado en el que es posible decir de algunos países suramericanos que tienen sistemas de partidos bastante estables.

2. Las ideologías de los partidos

La forma de actuar de un partido depende también de las ideologías de los partidos que configuran ese sistema, o mejor dicho, de la *combinación* concreta de ideologías representadas. En el capítulo 1 vimos cómo von Beyme identificaba nueve principales fami-

lias basadas en la ideología de los partidos: (i) liberal y radical, (ii) conservadora, (iii) socialista y social-demócrata, (iv) demócrata-cristiana, (v) comunista, (vi) agraria, (vii) regional y étnica, (viii) extremista de derecha y (ix) movimiento ecologista.

Muchos de los sistemas de partido engloban partidos que pertenecen sólo a unas pocas de estas categorías, por ejemplo, Gran Bretaña en los años cincuenta sólo contaba con partidos de las categorías (ii) y (iii), mientras que otros sistemas abarcan una banda mucho más ancha. Además, en el caso de alguna de estas categorías, es posible que esté presente en el sistema más de un partido de una categoría concreta. Esto es especialmente probable:

- (a) en las primeras fases de la democratización de un país, o bien
- (b) donde hay una gran diversidad étnica, o
- (c) donde las divisiones étnicas tienen una base territorial, o
- (d) donde las leyes electorales y otras normas facilitan el que los partidos se «astillen».

Podemos ilustrar el hecho de que las ideologías concretas representadas en un sistema de partidos afectan a la dinámica de ese sistema de la mano de los siguientes ejemplos.

Consideremos en primer lugar dos sistemas de partidos que contaban con dos partidos grandes y varios más pequeños: Italia en los años cincuenta y sesenta (antes del «compromiso histórico» de 1976) e Israel a partir de la década de 1970. En Italia el hecho de que el Partido Comunista fuera uno de los grandes partidos limitó la forma adoptada por la competición mucho más que si, digamos, uno de los grandes partidos hubiera sido el socialista. Los gobiernos caían y emprendían reformas, con frecuencia siendo muy conscientes de que la Democracia Cristiana siempre estaría en el corazón de cualquier administración; y así la DC funcionaba como un partido centrista que votaba a favor de altos niveles de gasto social. La situación en Israel era muy diferente. Desde principios de los años setenta un Partido Social Demócrata relativamente grande se enfrentaba a un Partido Conservador de prácticamente su mismo tamaño. Los gobiernos podían formarse sobre la base de uno u otro, dependiendo de los resultados electorales y las negociaciones para la formación de gobiernos de coalición con partidos más pequeños. Esto dio lugar a una

fuerte competición por los votos, si lo comparamos con el caso italiano. Las elecciones determinaban la complejidad ideológica del gobierno de una forma mucho más sustancial. Además, la formación y hundimiento de los gobiernos estaba mucho más centrada en los resultados electorales: las elecciones en Israel daban paso a largos periodos de negociaciones entre los partidos, pero una vez formados, los gobiernos tendían a sobrevivir. En Italia la inestabilidad gubernamental la generaba en parte la ausencia de alternativa al gobierno de la DC, la cual a su vez era el resultado de que el otro gran partido resultaba ser el comunista. La distancia ideológica entre la DC y los comunistas contribuía a que este sistema funcionara de forma muy diferente al de Israel.

Otro caso a considerar es el que se da cuando al menos alguno de los partidos tiene tanto una identidad basada en la clase o lo económico y, a la vez, representa a un grupo social concreto, como una subcultura lingüística o étnica. Esto es lo que ocurrió con los partidos belgas en la década de 1970, cuando las crecientes tensiones entre las comunidades flamenca y valona catalizaron un cambio en un sistema que pasó de tener dos grandes partidos y uno pequeño a ser un sistema con un número de partidos mayor. (Los partidos más antiguos se escindieron siguiendo una línea lingüística y surgieron nuevos que competían por los votos en una de las dos comunidades). Esto alteró el enfoque de la competición electoral, intensificando la competición por los votos en el seno de cada una de las comunidades lingüísticas y convirtiendo el colapso del gobierno en algo mucho más común. Incluso incidentes comparativamente poco relevantes, como el *status* de una de las dos lenguas en los pueblos fronterizos entre Flandes y Valonia, podía llevar a la caída del gobierno. Por lo tanto, en este tipo de sistemas de partidos existe una fragmentación mucho mayor, y las estrategias de competición entre partidos son más complejas que en sistemas donde lo que está indiscutiblemente en el centro del conflicto político son los conflictos de clase.

3. La postura de los partidos respecto de la legitimidad del régimen

Estudiaremos mejor este elemento volviendo al ejemplo italiano. El problema de los comunistas, al menos desde 1947 hasta

mediados de los años sesenta, no era sólo la distancia ideológica entre el PCI y el otro gran partido del sistema (la Democracia Cristiana). También se daba el caso de que el PCI era, en esas años un partido «antisistema». No acababa de aceptar del todo las reglas del juego político liberal-democrático. Si hubiera accedido al poder, hubiera intentado cambiar estas reglas por otras. No se puede permitir a los partidos antisistema formar parte de los gobiernos por miedo a que minen el régimen mismo; el ejemplo de los Nacional Socialistas en la Alemania de Weimar es la encarnación más clara de este riesgo. Pero la presencia de partidos antisistema importantes, especialmente si existen tanto en la izquierda como en la derecha, denota que existen pocos gobiernos alternativos, lo que, a su vez, tiene su impacto sobre la competición entre partidos. En estas circunstancias es posible que gobiernos impopulares generen más apoyo a favor de los partidos antisistema, debido a la ausencia de alternativas entre los partidos constitucionales. Esto, a su vez, incrementa el inmovilismo del sistema.

Evidentemente, no son sólo los partidos extremistas de izquierda y derecha los que pueden ser antisistema. Los partidos regionales, en su búsqueda de alguna forma de independencia territorial, también pueden serlo. En este caso se manifiesta aún mejor la diferencia entre elementos ideológicos y antisistema. Aceptar la legitimidad de un régimen, y la legitimidad de las demandas de otros grupos dentro de ese régimen, dota a un sistema de partidos de una mayor estabilidad aunque la distancia ideológica siga siendo bastante amplia. La adopción del Eurocomunismo por el PCI y, por lo tanto, su reconocimiento del carácter liberal-democrático del Estado italiano, hizo posible el «compromiso histórico» de 1976. Según este compromiso el PCI ayudaría a la DC a mantenerse en el poder cuando no hubiera un gobierno alternativo viable. Además, cuando no se logra la aceptación de la legitimidad de los otros en la arena política se puede generar una gran inestabilidad, incluso aunque los principales partidos no estén muy lejos uno de otro en el espectro ideológico. Austria en la década de 1920 constituye un buen ejemplo. La distancia ideológica entre «rojos» y «negros» no parecía tan grande como en otras democracias liberales, pero la intolerancia mutua, tanto a nivel de elites como de masas desencadenó una escalada que prácticamente llevó a una guerra civil y al colapso de la democracia liberal. Argentina, a lo largo de múltiples periodos del siglo XX, constituye otro ejemplo de este fenómeno.

4. El número de partidos del sistema

Cuando pensamos en los sistemas de partidos, a menudo el rasgo que primero nos viene a la cabeza es el del número de partidos del sistema, por ejemplo, el bipartidismo de los Estados Unidos de Norteamérica o el carácter multipartidista de Italia. De hecho, hasta los años cincuenta, la distinción entre sistemas bi y multipartidistas fue central para las explicaciones al uso de la mayoría de los politólogos que analizaban los sistemas de partidos. En opinión de muchos de ellos, el bipartidismo era superior, se daba en regímenes democráticos estables, mientras que el multipartidismo se asociaba a regímenes inestables como la Alemania de Weimar o la Cuarta República francesa, que siempre parecía a punto de hundirse en el autoritarismo.

Bipartidismo

Desde cierto punto de vista, este centrarse en los regímenes bipartidistas no era lo más acertado por la simple razón de que existían muy pocos que fueran genuinamente bipartidistas. Los principales candidatos para la inclusión entre los sistemas bipartidistas son Gran Bretaña, Colombia, Costa Rica, Malta, Nueva Zelanda, los Estados Unidos de Norteamérica y, posiblemente, Venezuela desde principios de los años setenta. No cabe duda de que hay que incluir a Colombia, Malta y Nueva Zelanda (antes de mediados de la década de 1990), si bien Malta es tan pequeña que, ¡incluso aquellos libros sobre partidos que se centran exclusivamente en la política europea a menudo se olvidan de mencionarla! Costa Rica tiene tendencias bipolares pero no tiene un genuino sistema bipartidista, mientras que el tercer partido de Venezuela gana los suficientes escaños en el parlamento como para que algunos autores lo describan como un sistema de partidos de «dos y cuarto»⁴. Por lo demás, también se plantea la duda de si Gran Bretaña y los Estados Unidos son casos de bipartidismo puro. Es cierto que Gran Bretaña tuvo un sistema bipar-

⁴ M. COPPEDGE, «Venezuela: Democratic Despite Presidentialism», en J. J. Linz y A. Valenzuela (eds.), *The Failure of Presidential Democracy*, Baltimore y Londres, John Hopkins University Press, 1994, p. 406 [ed. cast.: *La crisis del presidencialismo*, vol. I, Madrid, Alianza, 1984].

tidista entre 1935 y 1970, pero no contó con él entre 1885 y 1935. A partir de 1970, la fuerza electoral del tercer partido (o alianza de partidos) ha hecho que algunos comentaristas prefirieran calificar a Gran Bretaña de un sistema de dos partidos y medio (un término que discutiremos en breve). Las dudas sobre si cabe calificar a los Estados Unidos de auténtico sistema bipartidista surgen a partir de consideraciones completamente diferentes. Se podría aducir que las conexiones extremadamente laxas que existen entre los diferentes elementos de los partidos Republicano y Demócrata hoy en día y, especialmente, la virtual autonomía de la mayoría de los candidatos frente a las estructuras de los partidos convierten al sistema en algo que no es en absoluto bipartidista, sino un sistema multipartidista muy complejo enmascarado bajo el bipartidismo. Pero, incluso aun cuando se rechacen estos argumentos (y veremos en la Sección B que existen buenos argumentos para hacerlo), el número de sistemas bipartidistas en el seno del mundo liberal-democrático sigue siendo pequeño.

Desde otra perspectiva, la teórica, merece la pena considerar de cerca el bipartidismo. La razón es que parece ser un caso límite, el único ejemplo de un sistema de partidos en el que aparentemente no existen otros incentivos para un partido que no sea el competir con su oponente; no existen oportunidades para la cooperación formal o informal con otros partidos. El bipartidismo es uno de los ejemplos de lo que en teoría de juegos se denominaría estricta competición suma cero. Cada voto perdido por el partido contrario beneficia a tu propio partido. Evidentemente, te ayudaría más si la persona que deja de votar al otro partido votara al tuyo, pero el que no voten a tus oponentes ya implica la mitad del beneficio. Cuando un partido diseña sus estrategias electorales puede calcular de forma sencilla las ganancias y pérdidas netas que le puede reportar el adoptar una determinada postura. En condiciones de competición estricta no existen incentivos para la cooperación electoral entre partidos, y los partidos sí se ven incentivados a introducir cualquier tipo de estrategia de campaña que les lleve a obtener ganancias netas en los votos.

Más de dos partidos

Sin embargo, cuando en un sistema existen más de dos partidos, hay dos factores que podrían limitar la medida de la com-

petición entre ellos. En primer lugar, cuantos más partidos haya, más difícil resultará calcular el impacto probable de una iniciativa de políticas públicas sobre quién votará a favor de quién. Por lo tanto, un partido que quiera evitar riesgos se ve más incentivado que en un sistema bipartidista a evitar los cambios radicales en las políticas públicas. En segundo lugar, es posible que en sistemas multipartidistas no se esté compitiendo realmente contra todos los demás partidos⁵. Se puede estar compitiendo principalmente contra aquellos partidos que resulten más «cercaños» a uno mismo. La mayoría de los votantes potenciales a otros tipos de partidos ni siquiera tomarán en consideración el votarte, de manera que puede tener poco sentido el intentar atraerles.

Consideremos estos puntos primero teóricamente antes de pasar a ejemplos del mundo real. En este ejemplo teórico se asume que los partidos tienen unos niveles de información muy altos, más altos de los que tendrían en el mundo real, sobre los efectos que tendrán sus estrategias electorales sobre los votantes y sobre la conducta de sus rivales. Consideremos un sistema en el que existen siete partidos, A, B, C, D, E, F y G. Las estrategias de A se dirigen fundamentalmente a sus votantes potenciales y los de B y C, mientras que no dedica prácticamente ningún esfuerzo a hacerse con votantes potenciales de G. En cierto sentido, el ámbito de competición entre partidos se ve más limitado que en el caso bipartidista, debido a que algunos de los partidos ni siquiera tienen intención de competir entre sí.

Supongamos que estos siete partidos compiten por los escaños de un parlamento que tiene 100 escaños y que, según las expectativas generales, es previsible que A gane unos 30 escaños, B unos 10 y C en torno a los 20 escaños. Supongamos, además, que A cree que existe la probabilidad de que en el gobierno que salga de las urnas se encuentre él mismo, junto a B y C, pero no así los demás partidos. Quiere incrementar su influencia en las negociaciones para formar gobierno y cree que, en ese proceso, C es un rival de mayor peso que B. D hace mención de un tema (n) durante la campaña que hará que algunos de los votantes de C se pasen a D, reduciendo así el número de escaños a

⁵ Será así a menos que se compita en unas elecciones en las que el ganador se lo lleva todo, como unas elecciones presidenciales a una sola vuelta con voto plural.

ganar por C. Asumiendo que la viabilidad del gobierno de coalición (A, B, C) no se vea afectada negativamente, A podría contentarse con no tomar partido respecto de (n). Esto ocurriría si la pérdida de escaños por parte de C debilitara su capacidad para oponerse a A. Pensando en sí mismo, A prefiere un C más débil a un C más fuerte. La importancia que se conceda a este objetivo podría afectar incluso a la voluntad de A de competir con B. A podría decidir no tomar postura respecto de (n) aunque si lo hiciera probablemente ganaría votos netos a costa de B. A A le podría ir mejor en las negociaciones para formar una coalición contando con un C más débil, que aumentando su propia fuerza electoral y el número de escaños obtenido. La cooperación implícita de A con D en este aspecto no tiene contrapartida en la estricta política competitiva de la competición bipartidista.

¿Que hay del mundo real? ¿Cabe encontrar en él alguna correspondencia a este tipo de comportamiento electoral?

- En primer lugar, en las sociedades segmentadas, un partido cuya base esté en alguna de las subculturas puede no querer intentar hacerse atractivo a los votantes de la otra subcultura. Un partido protestante holandés de mediados de los años treinta, no buscaba el voto de los católicos. Este tipo de conducta es la exactamente opuesta a las estrategias «atrapatodo» (*catch-all*) según las cuales los partidos intentan hacerse con todos los votos que pueden. Entre otros ejemplos, se podría mencionar a los partidos religiosos en Israel, que no hacen esfuerzo alguno por atraer a los judíos seculares para que les voten.

- Una vez más, los partidos pueden dedicar un esfuerzo especial a ganar los votos de los votantes de un partido rival. Los partidos que son producto de la escisión, como aquellos de izquierda que se han escindido de los partidos social-demócratas de Escandinavia, han dirigido a menudo gran parte de su esfuerzo inicial a ganar los votos del partido «nodriza», en parte debido a lo limitado de sus recursos.

- En lo referente a la cooperación entre partidos, el problema de la información imperfecta sobre el trasvase de votos probable, inhibe el tipo de conducta que discutíamos en el ejemplo anterior. Pero sí existen ejemplos en el mundo real de conducta cooperativa entre partidos en sistemas multipartidistas, un tipo de conducta dictada por la complejidad de la competición en el contexto multipartidista. De hecho, tal y como explica Panebianco,

fue este tipo de conducta cooperativa en el sistema de partidos italiano la que permitió el surgimiento del Partido Radical en los años sesenta:

Antes del surgimiento del Partido Radical, ni el tema Estado/Iglesia ni el de *establishment/antiestablishment* hallaban canal de expresión entre las elites políticas tradicionales. De hecho, el mayor partido de la oposición, el PCI, evitaba conflictos con la iglesia debido a su estrategia «consociacional» frente a la DC. Por otro lado, los partidos del sistema nunca suscitarían discusiones en torno el tema *establishment/anti-establishment*⁶.

Cooperación y competición en los sistemas de partidos

Ahora bien, cuando se aduce que la competición multipartidista puede brindar oportunidades para que los partidos adopten una actitud cooperativa que parece no existir en la competición bipartidista, habría que hacer dos precisiones más. Nos advierten en contra de extraer la conclusión que en principio cabría esperar sacar a partir de la discusión precedente, a saber, que en el mundo real la competición bipartidista será más competitiva en algunos sentidos y quizá esté menos «domesticada» que la competición multipartidista.

• Si volvemos a tomar en consideración el primero de los elementos de la competición entre partidos, su grado de penetración social, vemos que en los sistemas multipartidistas allí donde los partidos penetran profundamente en ciertos sectores de la sociedad, pueden recurrir a un estilo de campaña exagerado, pensado para apelar de forma explícita a los leales al partido. De hecho, este tipo de campaña se asocia a la era de la política consociacional en los Países Bajos (1917 a mediados de la década de 1960)⁷. El hecho de que el multipartidismo pueda restringir el alcance de la competición electoral no convierte a esa competición en menos intensa o agresiva.

⁶ A. PANEBIANCO, «The Italian Radicals: New Wine in Old Bottle», en K. Lawson y P. H. Merkl (eds.), *When Parties Fail*, Princeton, Princeton University Press, 1988, p. 120.

⁷ A. PAPPALARDO, «The Conditions for Consociational Democracy: A Logical and Empirical Analysis», *European Journal of Political Research* 9, (1981), pp. 365-390.

• La teoría de la competición bipartidista se puede ampliar en direcciones que sugieren que puede que los dos competidores no persigan de una forma tan agresiva los votos como cabría esperar en una competición suma cero. Supongamos que asumimos por ejemplo que:

- (1) las nuevas iniciativas respecto de políticas resultan muy costosas para un partido (los activistas del partido pueden mostrarse hostiles ante la idea de cambiar el enfoque general ofrecido por el partido, de manera que haya que dedicar cierto tiempo a convencerles, etcétera);
- (2) la mayoría de los votantes no están tan bien informados sobre los partidos o tan interesados en política como para mostrarse especialmente sensibles a los cambios de políticas diseñados por los partidos; y
- (3) para los nuevos partidos el entrar en escena resulta muy costoso.

En estas circunstancias parece haber pocos incentivos para los partidos a la hora de mostrarse receptivos ante las demandas de los votantes. El partido en el poder que no presta atención a estas demandas puede encontrarse con que gana tantos votos de los votantes desilusionados que antes apoyaban a otros partidos como pierde a consecuencia de la desilusión experimentada por sus propios votantes. En vez de competir ferozmente unos contra otros por temas relacionados con las políticas públicas, los partidos pueden decidir competir en torno a temas como la «imagen» de sus líderes o recurrir a una publicidad electoral cuyo contenido no sea estrictamente «político». Esta es la forma en que se comportan los competidores económicos en ciertos tipos de mercados, oligopolios, en los que sólo un número relativamente pequeño de firmas proporciona los bienes. Un economista, Albert Hirschman, ha desarrollado una teoría para explicar por qué disminuye la calidad de los bienes suministrados en régimen de oligopolio, y este análisis puede extenderse al caso de la competición entre partidos⁸.

⁸ A. O. HIRSCHMAN, *Exit, Voice and Loyalty*, Cambridge, Harvard University Press, 1970. Para la aplicación a la competición entre partidos *vid.* A. WARE, *The Logic of Party Democracy*, Londres, MacMillan, 1973, cap. 3.

Evidentemente, este tipo de comportamientos, de ser desarrollados por los partidos oligopolísticos, podrían darse tanto en un sistema multipartidista como bipartidista. Pero lo que queremos dejar claro aquí es que en la medida en que ocurra, tiende a disminuir la probabilidad de que el alcance de la competición sea mayor en el bipartidismo que en el multipartidismo. Aun así, el bipartidismo sigue siendo un caso especial e interesante porque parece que impide que haya ciertas formas de cooperación entre partidos. Esta es la razón por la que habría que tratarlo de forma separada en cualquier clasificación de partidos.

¿Qué otros casos interesantes existen a la hora de clasificar los sistemas de partidos? Si no encontramos un criterio alternativo tendremos que clasificar los sistemas de partidos atendiendo al número, de manera que se podría hablar de sistemas de dos partidos, de cuatro partidos, de cinco partidos, etcétera. En este punto podemos recurrir a dos enfoques alternativos. Uno de ellos intenta tomar en cuenta sólo el número de partidos, pero se agrupan casos similares. En el otro enfoque se añade un elemento adicional: el tamaño relativo de los partidos en el seno del sistema. Examinaremos ambos empezando por el primero.

Enfoque A: sin tener en cuenta el tamaño relativo de los partidos

Este es el enfoque adoptado inicialmente por Sartori entre otros. Si sólo se tiene en cuenta el número de partidos, se puede decir que existen tres tipos fundamentales de sistemas de partidos, además del sistema bipartidista⁹:

- El sistema de partido predominante.
- El sistema con entre tres y cinco partidos.
- El sistema con más de cinco partidos.

En la tabla 5.1 se clasifican los partidos contando sólo a aquellos partidos que obtuvieran al menos un 3 por 100 de los esca-

⁹ Evidentemente, en cierto sentido, incluir un sistema de partido predominante en una clasificación de este tipo supone tomar en cuenta los tamaños relativos. Pero no cabe describir a un sistema de este tipo como si se tratara de un sistema de partido único. Hay otros partidos representados en el parlamento y, Aun así, induciría seriamente a error el clasificarlo, por ejemplo, como una variante del multipartidismo.

ños del parlamento nacional en unas elecciones generales; el número de partidos que se indican para cada país corresponde a la media de cada elección celebrada entre 1958 y 1990.

Tabla 5.1: Clasificación de los sistemas de partidos 1958-1990 atendiendo estrictamente al número de partidos «relevantes»* para el sistema.

Sistemas de partido predominante (más de un partido relevante pero un único partido que controla siempre el parlamento)	Sistemas bipartidistas	Sistemas con entre 3 y 5 partidos	Sistemas con más de 5 partidos
Japón	Gran Bretaña Nueva Zelanda EE.UU. Francia Alemania Islandia Irlanda Luxemburgo Países Bajos Noruega Suecia	Australia Austria Canadá Israel Italia Suiza	Bélgica Dinamarca Finlandia

* Por «partido relevante» se entiende aquí el que obtiene el 3 por 100 o más de los escaños de un parlamento tras las elecciones. El número de partidos que se cita en el caso de cada país es la media de los partidos relevantes entre 1958 y 1990.

El sistema de partido predominante. Este es un sistema en el que un único partido suele ganar regularmente los suficientes escaños parlamentarios como para controlar por sí mismo el gobierno. El Japón de la posguerra (y hasta 1993) constituye un buen ejemplo, al igual que la India durante los treinta primeros años de su independencia (1947). En ambos casos un único partido fue capaz de mantener su situación de predominio con menos del 50 por 100 del voto popular. No obstante, hay que diferenciar entre este tipo de sistema y casos como el de Italia donde un partido es mucho más grande que los demás que pudieran unirse al gobierno y, por lo tanto, es el miembro dominante de cualquier gobierno de coalición. Si bien existen importantes similitudes entre un país como Italia y aquellos partidos en los que se da un sistema de partido predominante, por ejemplo en lo referente a las relaciones que se establecen entre el mayor de los partidos y los intereses económicos organizados, los *sistemas* de partidos en estos últimos países han sido bastante diferentes a los de Italia.

En los sistemas de partido predominante, el partido principal se enfrenta a una oposición dividida. En este tipo de sistema incluso el segundo mayor de los partidos tiene grandes dificultades para incrementar el tamaño de su coalición electoral y convertirse en un rival potencial para el partido dominante. Tanto en la India como en Japón la falta de proporcionalidad de los sistemas electorales hicieron posible que el partido del Congreso (India) y el Partido Liberal Demócrata (Japón) mantuvieran el poder con bastante facilidad, incluso cuando dejaron de obtener la mayoría de los votos. La posición del PLD varió muy poco entre 1963 y 1993, aunque 1963 fuera la última ocasión en que recibiera más del 50 por 100 de los votos.

Además, un partido predominante no tiene por qué intentar innovar la forma de obtener los votos, como sí tienen que hacerlo los partidos que funcionan en sistemas bipartidistas. Confía en que se le identifique como el «partido de la nación» y se limita a tomar medidas contra la posible defección de demasiados líderes de facciones concretas, una evolución que podría poner en peligro su base organizativa o su afirmación de que es *el* partido nacional.

Como categoría para ayudarnos a comprender los comportamientos en los diferentes sistemas de partidos, el concepto de partido predominante resulta valioso porque ayuda a identificar un tipo de sistema especial. Desafortunadamente, hay pocos ejemplos y su número sigue disminuyendo, siendo estos sistemas aún más escasos que los bipartidistas.

Sistema con entre tres y cinco partidos. Muchos politólogos han aducido que, al margen del caso de los partidos predominantes, tiene una gran importancia el número de partidos operativos en un sistema. Más concretamente, un sistema de partidos moderadamente fragmentado, uno en el que operen de entre tres a cinco partidos, suele presentar rasgos muy distintos a los que muestran los sistemas en los que existen muchos partidos. Giovanni Sartori es uno de los politólogos que ha defendido este punto de vista y lo describe de esta manera: «las interacciones entre más de cinco partidos, tienden a producir mecánicas diferentes que la interacción entre cinco partidos o menos»¹⁰.

Ahora bien, hay que hacer dos precisiones al hilo de esta afirmación. La primera es que no es que Sartori crea que los partidos de sistemas en los que operan seis partidos se comporten de forma muy diferente a como lo hacen los que existen en sistemas con cinco partidos. Él habla de que se aprecian diferencias entre sistemas en los que existen *en torno* a cinco o seis partidos. Además, el argumento de Sartori se basa en una hipótesis suya relacionada con los tipos de ideologías que se representarán en sistemas de más de cinco partidos. En principio, según Sartori, cabría imaginar un sistema con siete u ocho partidos que se comportara igual que otro con, digamos cuatro, siempre que asumamos que la banda ideológica en la que se mueven estos partidos no encaja con las experiencias del mundo real. Por lo general, un sistema que cuenta con entre tres o cinco partidos muestra tendencias muy similares a las mostradas por un sistema bipartidista: los partidos tratan de ofrecer un gran atractivo electoral. Todo lo contrario a lo que ocurre en los sistemas de partido predominante donde los partidos que no tienen el poder cuentan con pocos incentivos para intentar maximizar su atractivo electoral, y lo mismo cabe decir de los sistemas con más de cinco partidos, donde incluso aquellos partidos que tienen un escaso atractivo electoral pueden influir políticamente. El sistema que cuenta con entre tres y cinco partidos tiende a favorecer la formación de coaliciones electorales amplias.

Sistemas con más de cinco partidos

Cuando hay más de unos cinco partidos, la dinámica de la competición electoral es muy distinta. Incluso los grandes partidos saben que se ven limitados respecto del número de votos que pueden esperar obtener. Su mayor temor está en la pérdida de votos ante los partidos más pequeños que están más cerca de ellos en cuanto a políticas que defienden e «imagen». A su vez, es a costa de estos partidos como pueden ganar votos con mayor probabilidad. En estos sistemas los partidos tienden a intentar ganar el apoyo de segmentos concretos del electorado que atraer votos de diversos segmentos. Esta tendencia hacia la «localización» de la competición está en función tanto del tamaño relativamente pequeño de muchos de los partidos del sistema, como de la fragmentación del voto entre cierto número de partidos.

¹⁰ G. Sartori, *Parties and Party Systems*, cit., p. 132.

La utilización de este enfoque ofrece una ventaja evidente (al no considerar el tamaño relativo de los partidos dentro del sistema) y es que brinda una serie simple y clara de categorías. La desventaja es que dos de estas categorías (entre tres y cinco partidos y más de cinco partidos) generan tipos de sistemas bien distintos. No resulta en absoluto evidente que puedan ser de utilidad a la hora de analizar el comportamiento de los partidos.

Además, tampoco está nada claro que el «localizar» la competición sea algo que necesariamente ocurra en aquellos sistemas que cuentan con más de cinco partidos, o incluso que si esto ocurre el resultado sea que los partidos se vean arrastrados a la adopción de posturas extremistas. De los seis países incluidos en la categoría «cinco-más» de la tabla 5.1, Dinamarca, Finlandia y Suiza nos muestran estas tendencias. Y se podría aducir en *contra* de Sartori que en Italia, en los años en los años del PCI, el sistema de partidos no mostró tendencias centrífugas sino más bien centrípetas. El desagrado evidente de Sartori ante el PCI le llevó de hecho a malinterpretar la naturaleza de la competición electoral en Italia. Esto nos deja a Israel y Bélgica, donde se llegaron a dar ciertas características de competición «localizada» cuando cambió el sistema de partidos. Pero, ¿obtendremos categorías más coherentes si tomamos en cuenta el tamaño relativo de los partidos del sistema?

Enfoque B: tomando en consideración el tamaño relativo de los partidos

En este enfoque se asume que es probable que el comportamiento en un sistema de partidos se vea influido por el tamaño de los partidos oponentes en relación con las propias dimensiones. Consideremos, por ejemplo, algunas de las configuraciones lógicamente posibles en el seno de un sistema con cuatro partidos:

- (1) cada uno de los partidos puede obtener en torno al 25 por 100 de los escaños parlamentarios en cada elección;
- (2) dos de los partidos suelen obtener en torno al 35 por 100 de los escaños, mientras que los dos restantes reciben sobre un 15 por 100 cada uno;
- (3) uno de los partidos puede recibir en torno al 45 por 100 de los escaños en cada elección, mientras que de los partidos restantes, cada uno obtiene aproximadamente un 18 por 100.

Tabla 5.2: Clasificación de los sistemas de partidos 1958-1990 según el número de partidos «relevantes» pero teniendo en cuenta el tamaño relativo de los partidos.*

Sistemas de partido predominante	Bipartidistas	Sistemas con dos partidos y medio	Sistemas con más de dos partidos y medio	Sistemas de partidos equilibrados
(Más de un partido relevante, pero un único partido controla el parlamento.)	(Uno de los dos partidos casi siempre gana al menos el 50% de los escaños parlamentarios.)	(A menudo ningún partido gana el 50% de los escaños. Lo normal es que 2 grandes partidos ganen al menos el 80% de los escaños, mientras que otro partido gana los suficientes para equi- librar el poder.)	(Por lo general el grande obtiene al menos el 45% de los escaños pero no el 50%.)	(Dos partidos suelen obtener más del 65% de los escaños, pero ningún otro partido consiga más del 14%.)
Japón	Gran Bretaña Nueva Zelanda EE.UU.	Australia Austria Canadá Alemania Irlanda	Noruega Suecia	Italia Israel
				(Sistemas con más de dos partidos y medio en los que el partido mayor obtiene menos del 45% de los escaños y los dos mayores obtienen menos del 65% de los escaños.)
				Bélgica Dinamarca Francia Islandia Luxemburgo Países Bajos Suiza

* Un partido relevante se define aquí como aquel que obtiene el 3% o más de los escaños parlamentarios tras unas elecciones. El número de partidos que se atribuye a cada país es la media de los partidos relevantes entre 1958 y 1990.

Debería resultar obvio que la forma en que los partidos compiten entre sí y cómo cooperan para obtener votos puede ser muy distinta en cada uno de los tres casos, y en este enfoque se centra la atención en torno a este problema. Se recurre a la idea de «medio partido» para describir a los partidos más pequeños del sistema y se operacionaliza la idea de sistemas de dos partidos y medio.

Si recurrimos a este enfoque quizá podamos identificar cuatro tipos de sistemas de partidos, además del sistema de partido predominante y el bipartidismo (*vid.* tabla 5.2). Estos cuatro tipos serían:

- Sistemas de dos partidos y medio;
- Sistemas con un partido grande y muchos pequeños;
- Sistemas con dos grandes partidos y varios más pequeños;
- Sistemas multipartidistas equilibrados.

Luego podríamos combinar este método de clasificación de los sistemas con el enfoque A tal y como se sugiere en la tabla 5.3.

Tabla 5.3: Clasificación de los sistemas de partidos 1958-1990 según el número de partidos «relevantes».

Tomando en cuenta el tamaño relativo de los partidos	Estrictamente por el número de los partidos			
	Sist. de part. predominante	bipartidismo	de 3 a 5 parts.	más de 5
Sist. partido predominante	Japón			
Sist. bipartidistas		Gran Bretaña Nueva Zelanda EE.UU.		
Sist. de 2 parts. y medio			Australia Austria Canadá Alemania Irlanda	
Sists. con más de 2 partidos y medio				
Un partido grande			Noruega Suecia	
Dos grandes partidos				Israel Italia
Sist. de parts. equilibrados			Francia Islandia Luxemburgo Países Bajos	Bélgica Dinamarca Finlandia Suiza

Sistemas de «dos partidos y medio». Como ya hemos señalado, hay sistemas que, aún contando con tres partidos, dos de ellos resultan ser mucho más importantes que el otro. Sin embargo, en esta categoría se incluyen sistemas de partidos que despliegan modelos de relaciones muy diferentes entre los partidos en lo referente a la forma que tienen de cooperar y competir entre sí.

Uno de los modelos es el que se da en Alemania desde finales de los años cincuenta hasta principios de los ochenta, y de forma modificada desde entonces. Ninguno de los grandes partidos (PSA/PDC/PSC) pueden tener la esperanza de ganar una mayoría en las elecciones legislativas. El partido más pequeño (PLD) suele formar una coalición con el más grande. Se presenta a las elecciones partiendo de la idea de que se mantendrá en esa coalición, siempre que los dos partidos se sigan repartiendo la mayoría de los escaños del Bundestag. Los cambios en las alianzas entre el PLD y los grandes partidos son poco frecuentes y suelen tener lugar entre elecciones. En Austria, desde mediados de los ochenta, se ha dado un modelo similar.

La Irlanda de entre finales de los años cuarenta y finales de los ochenta nos ofrece un modelo alternativo. No obstante, en ocasiones a lo largo de este periodo parecía más un sistema de partido predominante o un sistema con un partido grande y varios pequeños; tal era la fuerza del partido mayor, el Fianna Fáil. Era, y sigue siendo mucho mayor que Fine Gael, que sólo podía gobernar en coalición con los laboristas (lo que, de hecho hizo entre 1954 y 1957, 1973 y 1977, y 1982 y 1987). Puesto que Fianna Fáil no se prestó a formar parte de una coalición hasta 1989, algunas de las elecciones anteriores a 1987, las llevaron de hecho Fine Gael y los laboristas en el bien entendido de que formarían un gobierno de coalición si obtenían la mayoría. Así, en ocasiones, la competición electoral era de verdad tripartita, mientras que en otras era más bien una variante del bipartidismo del tipo alemán.

Canadá entre 1945 y 1984 vuelve a presentar un modelo diferente. En términos de la fuerza electoral relativa de los partidos, mostraba cierta semejanza con el caso irlandés. Pero, al contrario de lo que ocurría con Fine Gael en Irlanda, el segundo mayor partido, los Conservadores Progresistas, ganaban solos mayorías parlamentarias en Canadá. Además, el sistema electoral plural podía generar mayorías parlamentarias a favor de los liberales (y a veces de los conservadores) con menos del 50 por 100 del

voto. Aunque sólo en una minoría sustancial de las elecciones generales se diera una mayoría parlamentaria para cualquiera de los partidos (6 elecciones de 14, 1945-84), no se formaban gobiernos de coalición. El mayor partido siempre acababa formando un gobierno minoritario y, por lo general, se solían convocar nuevas elecciones en el plazo de dos o tres años. En lo referente a la competición electoral este modelo se parece, por tanto, al clásico modelo bipartidista en el que se da una competición sin restricciones entre los tres partidos.

El caso australiano es el ejemplo de la política de dos partidos y medio, al menos en lo referente a la competición electoral. El partido más pequeño (el Partido Nacional) mantiene una identidad electoral y organizacional completamente independiente de la del Partido Liberal en algunos de los Estados, pero no en todos. Mientras que en algunos Estados los candidatos nacionales compiten contra los liberales, en otros no lo hacen. Pero sólo ha formado gobiernos de coalición con los liberales, nunca ha establecido alianzas con los laboristas.

Lo más interesante de esta categoría es que la dinámica de los sistemas de dos partidos y medio es muy diferente a las demás. Esto no puede por menos que suscitar dudas considerables sobre si el tamaño relativo de los partidos podría ser una forma de superar las limitaciones inherentes a esquemas clasificatorios basados exclusivamente en el número.

Sistemas con un partido grande y varios más pequeños. En estos sistemas el partido más grande suele obtener al menos un 45 por 100 de los escaños parlamentarios, pero rara vez (si es que alguna) obtiene más del 59 por 100 de los escaños. Los principales ejemplos de estos sistemas de partidos los encontramos en Noruega y Suecia durante las décadas centrales del siglo xx, si bien hasta mediados de los años sesenta, Dinamarca siguió un patrón similar. Durante estos años, lo normal es que gobernaran los partidos social-demócratas en Suecia, de hecho, no dejaron el poder desde mediados de los años treinta hasta mediados de los setenta, si bien el predominio de estos partidos parece haberse visto erosionado en todas las democracias escandinavas en la década de los noventa. Existen algunas similitudes obvias entre esta categoría de sistema de partidos y los sistemas de partido predominante, especialmente en lo referente a la disponibilidad

de los recursos al alcance del partido mayor para mantenerse, aunque sólo fuera por estar en el gobierno tanto tiempo. Pero, en verdad, la situación a la que se enfrentan los mayores partidos en los dos tipos de sistemas de partidos es muy diferente.

La continuidad en el gobierno no siempre dependía en Escandinavia de ganar o no mayorías parlamentarias. Por el contrario, hubo largos periodos de gobiernos social-demócratas minoritarios, incluso en Suecia. Además, al contrario de lo que ocurre en los sistemas de partido predominante, no es que los otros partidos no tuvieran esperanzas de llegar a hacerse con el gobierno. Los social-demócratas daneses formaron gobiernos de coalición con otros partidos en los años cincuenta, y las grandes alianzas de partidos no socialistas formaron gobiernos en Noruega en los años sesenta. Mantener el dominio social-demócrata suponía encontrar nuevas formas de atraer a la clase media (un sector de la población en continua expansión) hacia partidos que hundían sus raíces en las clases trabajadoras. Esto requería innovaciones en las estrategias electorales (en el caso sueco modificar las políticas de bienestar social para beneficiar a los asalariados), algo que un partido predominante no se ve ante la necesidad de hacer. Además, las relaciones entre los diversos partidos de la «oposición» les hacía mantener identidades separadas y competir entre sí, al mismo tiempo que eran conscientes de que tendrían que cooperar tras las elecciones si el resultado era un declive espectacular del partido más grande.

Los países escandinavos nos brindan el típico ejemplo de este tipo de sistemas de partidos, y las similitudes en su cultura política, sus modelos de problemas sociales y su evolución institucional sugieren que, tal vez resultara de utilidad hablar de un tipo de sistema de partidos escandinavo, ¡siempre que excluyamos a Finlandia y a Islandia! Sin embargo, Dinamarca, Noruega y Suecia no son los únicos ejemplos de sistemas de partido que cuentan con un partido grande y varios pequeños. Durante gran parte del periodo que va de la década de 1940 a finales de los años ochenta, podría considerarse que Irlanda entraba en esta categoría, o bien en la del tipo de dos partidos y medio. Y en España surgió este tipo de competición en los años ochenta, cuando los partidos de centro y derecha se fragmentaron a la vista de la victoria socialista en las elecciones generales de 1982. Pero, una vez incluidos estos dos países, ya resulta menos claro que la simili-

tud entre los sistemas de partidos sea lo suficientemente importante como para que podamos hablar de un tipo aparte de sistema de partidos. Por ejemplo, en los países escandinavos, el partido mayor sólo podía retener su posición realizando esfuerzos por ampliar su base electoral original. En cambio, hasta los años noventa, la política irlandesa estuvo dominada por estrategias electorales conservadoras: una vuelta atrás con ayuda de los símbolos políticos de la guerra civil irlandesa de principios de los años veinte, de la que habían surgido las divisiones entre los partidos.

Sistemas con dos partidos grandes y varios más pequeños. Si el primero de los dos tipos de sistemas de partidos en realidad se ajustaba a la categoría de «entre tres y cinco partidos» del enfoque de «sólo número», en esta categoría se incluyen algunos de los sistemas que se pueden hallar en la categoría «más de cinco» partidos (*vid.* tabla 5.3). Los dos mayores partidos son mucho más grandes que cualquiera de los otros, pero ninguno de ellos puede esperar obtener mayorías parlamentarias por sí mismo y, además, la coalición poselectoral normalmente implicará a varios de los partidos más pequeños y no sólo a uno de ellos. (Los dos partidos mayores reciben más del 65 por 100 de los escaños, mientras que, por lo general, ninguno de los pequeños recibe más del 14 por 100). Los partidos líderes suelen defender tradiciones, políticas o valores muy diferentes, lo que genera una intensa rivalidad entre ellos, y esa rivalidad dota de una capacidad de influencia considerable a los partidos más pequeños a la hora de obtener concesiones en el proceso de formación de gobiernos de coalición.

Los dos mejores ejemplos de esta categoría son Italia desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los ochenta e Israel a partir de los setenta. (Hacia el final de la época de la República de Weimar, a principios de los años treinta, también Alemania empezaba a desarrollar algunos de los rasgos superficiales de este modelo). La distancia ideológica entre los dos partidos grandes ponía en manos de los partidos más pequeños una cota de poder considerable. Esta distancia o bien imposibilitaba la formación de gobiernos de coalición entre los dos partidos principales (Italia, y Alemania en 1932-33) o bien lo convertía en una solución «en último extremo» (Israel). Sin embargo, una

vez más se suscitan dudas considerables sobre las similitudes entre los diferentes casos que son suficientes como para permitirnos hablar de un tipo aparte de sistema de partidos. La competición en Israel es diferente a la que se daba en Italia antes de 1994 debido a que existe una dinámica bien distinta en la formación de gobiernos de coalición. En Israel tanto el Partido Laborista como el Likud son aceptables como líderes potenciales de gobiernos de coalición; los pequeños partidos religiosos equilibran el poder y utilizan su posición para obtener las ventajas que suponen concesiones en las políticas y carteras en el gobierno. En cambio, en Italia los comunistas no resultaban aceptables como miembros del gobierno tras 1947 y, a partir de mediados de los años cincuenta, los Demócrata Cristianos no podían esperar gobernar solos, excepto como gobierno minoritario. Siendo el mayor partido de cualquier gobierno en Italia un partido de centro, las negociaciones para la formación de gobierno tendían a estar más centradas en la consecución de carteras que en la agenda política.

Sistema multipartidista equilibrado. En la última de las categorías posibles se incluyen todos aquellos sistemas de partidos en los que existen más de dos partidos pero ninguno de ellos es un único gran partido, ni existen dos de tamaños más o menos equivalentes, sino que la fuerza electoral está distribuida de forma más equilibrada en un sistema que abarca al menos cuatro partidos. (Existe la posibilidad lógica de un sistema con tres partidos, pero se trata de un caso inherentemente inestable que, por lo general, puede ser ignorado. Bélgica contaba con un sistema de tres partidos en las primeras décadas de este siglo que se convirtió en un sistema de dos partidos y medio en los años de entreguerras. Volvió a atravesar por una fase de tres partidos en los años sesenta, durante la transformación de un sistema de dos partidos y medio en un sistema complejo, incluso multipartidista en el que participaban siete partidos). El número de partidos de estos sistemas es tal, que el ámbito de la competición se ve restringido, generalmente los partidos compiten por los votantes de partidos que se parecen más a ellos mismos. Pero la gama de sistemas de partidos que se pueden incluir en esta categoría es tan amplia que no parece que vaya a resultar especialmente útil para el análisis. Todos los casos siguientes podrían considerarse ejemplos de «sistemas multipartidistas equilibrados»:

(a) Cooperación y no competición. Este es el caso suizo. Existen cuatro partidos que crean entre ellos un gobierno de coalición sobredimensionado que no varía tras las elecciones.

(b) Cooperación con una retórica electoral altamente competitiva. Este es el típico modelo de «democracia consociacional» (los Países Bajos 1917-1967) y quizá se le podría considerar una simple variante del caso suizo. Los gobiernos son grandes coaliciones en los que participan los principales partidos y el estilo de gobierno responde a la acomodación de elites. Sin embargo, se diferencia del caso suizo por el hecho de que el participar en las elecciones supone un llamamiento mucho más intenso a las lealtades de grupo, en otras palabras, un estilo electoral más combativo.

(c) Una competición en la que están implicados cierto número de partidos, tres o cuatro de los cuales, como ocurriera en los Países Bajos (tras 1967) o en Finlandia, pueden ser mucho más grandes que los demás. Es probable que la composición de los gobiernos cambie tras las elecciones tendiendo a reflejar (aunque no necesariamente) los grandes giros en el apoyo de los votantes. Los gobiernos también pueden cambiar entre unas elecciones y otras cuando partidos concretos que están en el gobierno les retiran su apoyo. En el caso holandés y en el finlandés, la formación de gobierno puede ser un proceso complejo, pero la estabilidad del régimen está más allá de cualquier duda. Esto no es lo que ocurre en un caso superficialmente similar, pero en verdad muy diferente, el tipo de multipartidismo equilibrado de la República de Weimar (de 1918 hasta finales de los años veinte) y de la Cuarta República francesa (durante todo el tiempo que duró).

(d) Competición electoral polarizada y volátil. La Alemania de Weimar durante los años veinte y la Cuarta República Francesa se parecen más a un multipartidismo en el que hay implicados dos grandes partidos y varios pequeños, que a las versiones holandesa o finlandesa de multipartidismo equilibrado. Mostraban tendencias hacia la polarización del sistema de partidos, exacerbadas por la volatilidad del comportamiento electoral que resultaba ser mucho mayor que en Italia o en Israel. En estos dos últimos países, los partidos tenían una penetración social bastante profunda y esto dotaba de estabilidad a una sistema de política polarizada. Ni en la Alemania de Weimar, ni en la Cuarta República francesa se daba una intensa penetración social de los par-

tidos. Se podría aducir que la fuerza más equilibrada de los partidos contribuyó a la volatilidad de estos sistemas.

(e) Sistemas de partidos muy fragmentados en los que no hay partidos grandes, pocos de tamaño medio y un gran número de pequeños partidos. Esto corresponde a la experiencia checoslovaca de entreguerras y ha sido un rasgo de los estadios iniciales de la política de partidos en muchas de las nuevas democracias de Europa del Este y Central.

De lo anterior debería deducirse que el limitarse a tomar en consideración el número de partidos que conforman un sistema (aún teniendo en cuenta su tamaño relativo) resulta inadecuado para intentar clasificar a los sistemas de partidos. En la mayoría de las categorías se incluyen sistemas de partidos que difieren unos de otros en aspectos cruciales. Para obtener un esquema clasificatorio más adecuado habría que englobar los cuatro elementos que hemos identificado. Pero esto no parece solucionarnos el problema. Cualquier clasificación que pretendiera tener en cuenta todos los aspectos de estos elementos resultaría en extremo complicada. Es evidente que para clasificar debemos simplificar, y esto fue lo que hizo Sartori, cuyo análisis, al que volvemos ahora, supuso un avance significativo en este aspecto.

5. El esquema clasificatorio de Sartori

El esquema clasificatorio de Sartori va más allá de enfoques anteriores que sólo tenían en cuenta el número de partidos operativos en un sistema. Este análisis pivota en torno a dos variables, la *fragmentación de los partidos* y la *distancia ideológica* entre los partidos del sistema (*vid.* gráfico 5.1).

- Fragmentación de los partidos. Recurre a una forma de medir la fragmentación que tiene en cuenta tanto el número de los partidos como el tamaño relativo de los partidos que participan en las elecciones¹¹.
- Distancia ideológica. El marco de Sartori se relaciona de una forma bastante explícita con el espectro ideológico «izquierda-

¹¹ *Ibid.*, p. 307.

derecha». Allí donde existe una amplia división entre los partidos, por ejemplo en temas relacionados con el «estilo de vida» como medio ambiente, derechos reproductivos, etcétera, esto no cuenta para medir la distancia ideológica entre los partidos de ese sistema.

Aparte de centrarse en una noción «restringida» de distancia ideológica, Sartori tampoco tiene en cuenta el grado de penetración social de los partidos o su postura ante el régimen como variables independientes.

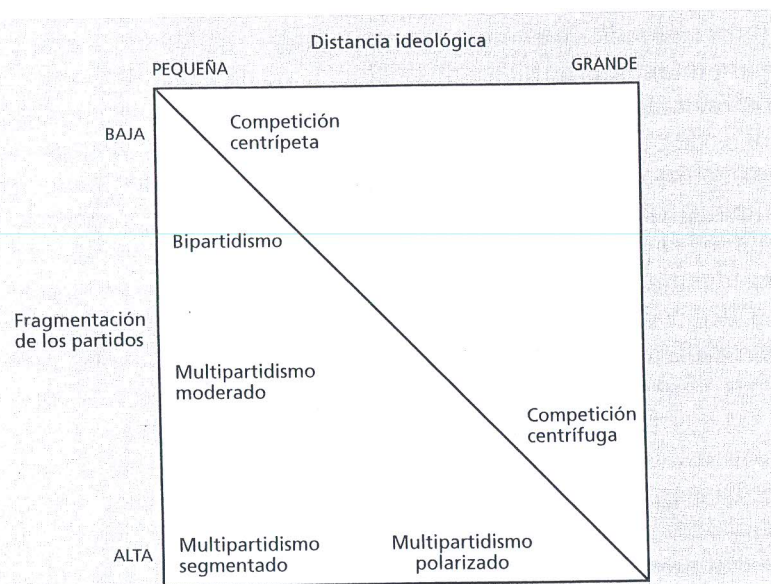


Gráfico 5.1: El «modelo simplificado» de Sartori.

Aunque no discuta de forma directa el grado de penetración del partido parece defender el punto de vista de que, en la medida en que son relevantes para los sistemas de partidos, las variaciones en la penetración no serían sino *reacciones* ante otras variables que sí incluye. Así, en sociedades segmentadas como la holandesa, en las que existen subculturas protestantes, católicas y otras de tipo secular, los partidos deben lograr una penetración profunda como respuesta organizativa ineludible ante la segmentación. El problema de este enfoque es que no todas las sociedades segmentadas tienen un nivel alto de penetración, (Canadá no

lo tiene, por ejemplo) y que la penetración de los partidos puede ser alta en ciertas sociedades no segmentadas como Italia, o en países de segmentación de nivel bajo (especialmente Francia antes de 1958). Y ya hemos visto que el grado de penetración de los partidos sí suele tener cierto impacto respecto de la competición que tiene lugar en el seno de ese sistema de partidos. Aun así, este es el «precio» que hay que pagar por simplificar.

La segunda de las variables de Sartori, la distancia ideológica, es una categoría muy amplia. No sólo incluye el alcance de las ideologías de los partidos del régimen, sino que engloba asimismo una variable muy diferente, las actitudes que muestran los partidos hacia el régimen mismo y hacia los demás partidos del régimen. Es decir, según Sartori, los partidos que se mueven en los extremos ideológicos tienden a ser partidos antisistema, algo que nunca serán los partidos de centro. Esta simplificación probablemente sea más aceptable que la anterior, aunque esto no signifique que debamos ignorar casos como el de Argentina o el de Austria en el periodo de entreguerras, donde la intolerancia ante los oponentes no estaba directamente vinculada a demandas políticas extremistas.

El gráfico 5.1 muestra la versión simplificada del modelo de Sartori. La clave para comprenderlo es que, para Sartori, el rasgo más crucial de cualquier sistema de partidos no es *que tan* competitivo resulte ser un sistema de partidos, sino la *dirección* que se imprime a la competición entre los partidos. La competición puede tener efectos centrífugos o centrípetos. Cuando asume esta última forma existe un impulso fuerte de desplazamiento hacia el centro del espectro político. Los partidos no pueden ganar adoptando posturas que se asocian a los extremos más lejanos del espectro. Por el contrario, cuando la competición es centrífuga, el centro político se debilita en la medida en que el apoyo electoral se desplaza hacia uno de los extremos, y los partidos se ven incentivados a adoptar posturas políticas extremas.

Bipartidismo

Según Sartori, en el bipartidismo se aprecia una combinación entre baja fragmentación de los partidos y una distancia ideológica reducida entre ellos, siendo así que lo corta de la distancia entre los partidos se ve preservada por las fuerzas centrípetas del

sistema. Un partido que se hiciera extremista en este tipo de sistemas sufriría electoralmente las consecuencias y se vería forzado a volver a acercarse al centro. Y, en el mundo real, a menudo encontramos al bipartidismo asociado a tendencias centrípetas.

Multipartidismo polarizado

El multipartidismo polarizado representa la tendencia opuesta. El centro se ve debilitado por la huida de votos hacia los partidos que representan a un extremo u otro. La falta de alternativas a los partidos que ya gobiernan, debilita a los partidos de centro cuando el gobierno se vuelve impopular. En Alemania, la Cuarta República Francesa y Chile a principios de los años setenta estas tendencias llevaron al colapso del régimen; según Sartori, en Italia se daban procesos parecidos.

En el modelo se habla de otros dos tipos de multipartidismo: el moderado y el segmentado.

Multipartidismo moderado

No resulta sorprendente que en el multipartidismo moderado se revelen niveles medios de fragmentación de los partidos y se dé una competición centrípeta. En términos generales se puede decir que estos son el tipo de sistemas de partidos que cuentan con entre tres y cinco partidos de los que hablábamos al examinar el número de partidos operativos en un sistema. Sin embargo, el mismo Sartori incluye casos como los de Canadá o Australia en la categoría de bipartidismo, reservando la categoría de pluralismo moderado para aquellos países que han tenido, de cuando en cuando, genuinos gobiernos de coalición. Además, la aplicación sin más de la forma de Sartori de medir la fragmentación de los partidos, situaría a Japón en un multipartidismo moderado debido a que la oposición está dividida. En este aspecto esta clasificación difiere marcadamente del esquema introducido con anterioridad en este mismo capítulo.

Multipartidismo segmentado

En el multipartidismo segmentado se muestran altos niveles de fragmentación de los partidos, pero este rasgo no va acom-

pañado de una competición centrífuga entre ellos. Los partidos no compiten por posturas extremas; por el contrario, los partidos de sociedades que cuentan con, al menos, dos subculturas, apelan a las solidaridades de grupo, por un lado, y a la cooperación para la formación de gobiernos, por otro. Esto evita una tendencia general al extremismo que se daría de otra forma en una competición fragmentada.

En este modelo se omite hablar del *multipartidismo atomizado*, pero sólo porque se le considera un fenómeno propio de los primeros estadios de la democratización, momento en que podían estar implicados en la competición quince o veinte pequeños partidos. Estos sistemas o bien se hundieron, o bien la consolidación de los partidos dio lugar a un sistema de partidos que sí está incluido en el modelo.

Si partimos de la constatación de que definir los límites entre estas categorías puede ser difícil, ¿dónde están las limitaciones básicas del marco de Sartori? Un punto reconocido por el mismo Sartori sería que el medir de forma meramente mecánica la fragmentación puede arrojar como resultado que los países de un partido predominante (como Japón) acaben siendo clasificados en la categoría de multipartidismo moderado. Y esto incluso aunque el predominio ejercido por el PLD haga de la dinámica electoral japonesa algo muy diferente a la, digamos, sueca o luxemburguesa. Tiene más sentido, o bien modificar la medida de la fragmentación o excluir a los sistemas de partido predominante del marco analítico. Existe un problema más serio no reconocido por el autor, y es que Sartori considera al multipartidismo segmentado como inherentemente más estable que el pluralismo polarizado. Escribiendo a mediados de los años setenta ésta podía ser una postura defendible. La reciente experiencia de Bélgica nos puede llevar, en cambio, a otra conclusión. De hecho, la segmentación de la política de partidos puede generar inmovilismo en un sistema político siempre que haya un incremento moderado del apoyo prestado a los partidos más extremistas. La extrema derecha belga no habría planteado tantos problemas a la hora tanto de formar como de mantener el gobierno, si la segmentación no hubiera producido un sistema de partidos mucho más fragmentado en los años setenta y ochenta. En estas circunstancias, el sistema de partidos belga parece mostrar algunos de los rasgos que Sartori había asociado con Italia, aunque los partidos extremistas

eran mucho más pequeños de lo que lo fue el PCI en el momento álgido de su poder, cuando era capaz de hacerse con la cuarta o la tercera parte de los votos populares.

6. Evaluación del esquema de Sartori

Para evaluar con más detenimiento este marco analítico, hay que intentar hacerlo operativo. Debemos admitir inmediatamente que el enfoque que adoptamos es muy burdo, aunque ayude en alguna medida a valorar el modelo de Sartori. En el gráfico 5.2 se realiza una aproximación a la fragmentación de los partidos utilizando los datos de la tabla 5.1, el número medio de partidos de cada legislatura, contando sólo a aquellos partidos que hubieran obtenido al menos un 3 por 100 de los escaños en el periodo que va de finales de los años cincuenta a finales de los ochenta. Estos datos se registran en el eje vertical. En el horizontal se fija una aproximación a la distancia ideológica. Los datos originales utilizados son los del estudio de Laver y Hunt basado en expertos en partidos al que ya hemos recurrido en el capítulo 1¹². Utilizamos estos datos poniendo en relación las posturas adoptadas por los líderes de los partidos y únicamente en un punto, el de propiedad privada *versus* propiedad pública, un tema que tradicionalmente ha constituido el núcleo duro de la división entre izquierda y derecha. En cualquier caso, en el análisis presentado a partir del eje horizontal del gráfico 5.2, sólo están incluidos los mayores partidos de cada legislatura; los únicos que entre ellos, se hicieron con el 65 por 100 de los escaños en las últimas elecciones celebradas en ese país en la década de 1980. (Así, en el caso de Suecia, se ha incluido a los tres partidos mayores, puesto que los dos mayores tan sólo obtuvieron aproximadamente un 63 por 100 de los escaños y se añadió el siguiente mayor partido del *Riksdag*).

Los datos registrados en el eje horizontal muestran la distancia que existe entre los líderes del ala más de izquierda y del ala más de derecha de los mayores partidos de un país. La mínima puntuación posible sería cero, si no existiera diferencia entre los par-

¹² M. LAVER Y W. B. HUNT, *Policy and Party Competition*, Nueva York y Londres, Routledge, 1992.

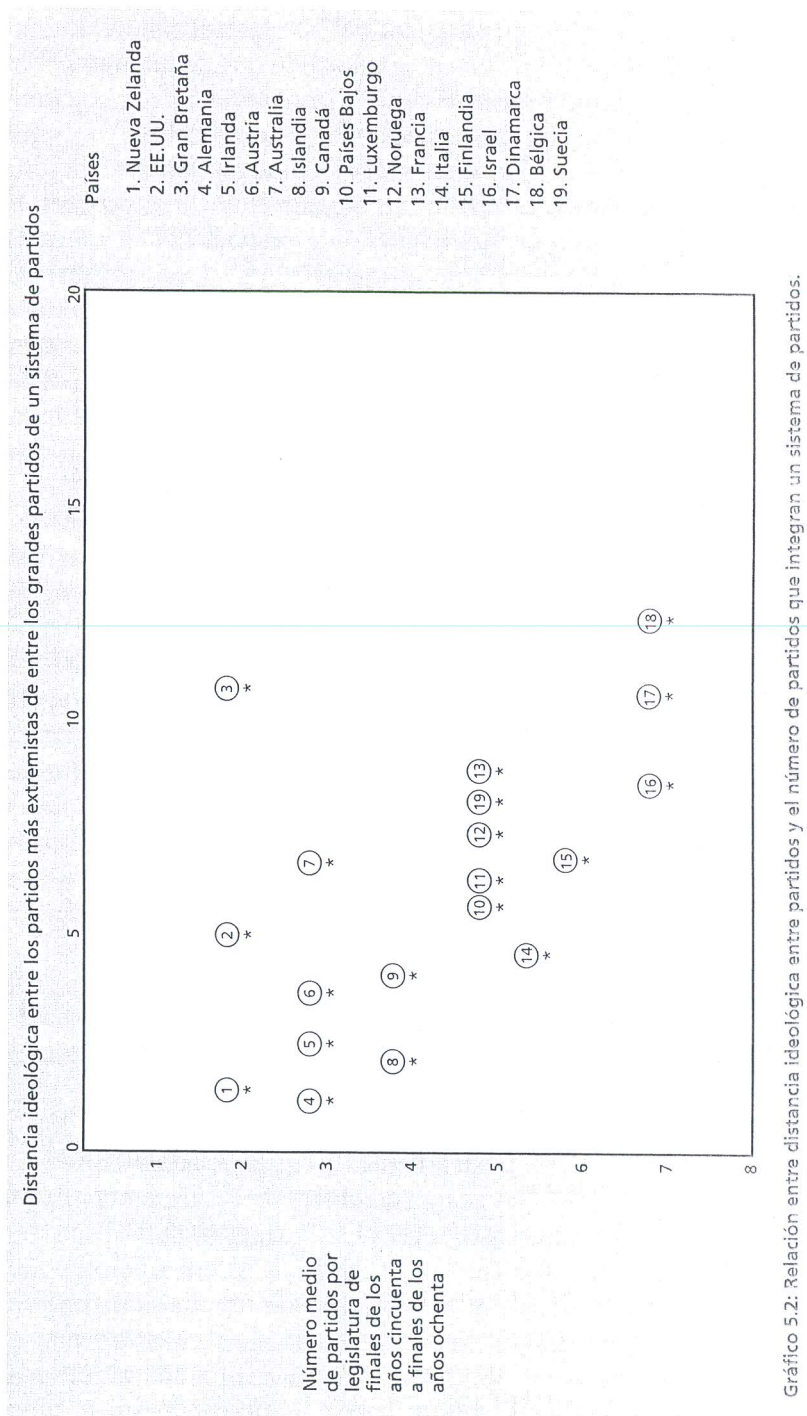


Gráfico 5.2: Relación entre distancia ideológica entre partidos y el número de partidos que integran un sistema de partidos.

tidos, y la máxima puntuación sería 19.9. En esta medición se prescinde de los partidos más pequeños y lo que se intenta medir es la distancia ideológica, separando a los actores mayores y presumiblemente más poderosos del sistema de partidos.

¿Qué nos muestra el gráfico 5.2? Con una notable excepción, Gran Bretaña, parece existir algún nexo entre la fragmentación del sistema de partidos y la distancia ideológica. Por lo general, existe una distancia mayor entre los partidos más grandes, cuando el sistema engloba a seis o siete partidos que cuando sólo cuenta con dos o tres. Esto parece confirmar los resultados obtenidos con el modelo de Sartori, en el que el pluralismo polarizado se considera un sistema de alta fragmentación en el que los partidos se ven empujados hacia los extremos.

No obstante, debe desplegarse una cautela considerable al interpretar la evidencia obtenida a partir del gráfico 5.2 y se deberían hacer algunos comentarios. En primer lugar, no todos los países situados en la esquina inferior derecha del gráfico, el extremo del pluralismo polarizado, constituyen ejemplos de regímenes en los que la competición esté arrastrando a los partidos lejos del centro político. La política danesa es un tipo de política mucho más consensuada de lo que indica esta burda medición relacionada con la propiedad pública. En segundo lugar, si bien Sartori consideró a Italia un ejemplo de pluralismo polarizado, en los veinte años que han transcurrido desde que realizara su estudio, hemos asistido a grandes cambios en la postura política del antiguo PCI, lo que se refleja en la localización de Italia en el gráfico 5.2.

Aun así, las mediciones que yo he utilizado, habrían resultado pobres para Italia incluso analizando los años cincuenta o sesenta, dado que la Democracia Cristiana se hizo eco de la idea de una actividad estatal intervencionista y lo que dividía a izquierda y derecha era, básicamente, la legitimidad del régimen. Estas tendencias centrífugas aún estaban presentes en la política italiana de la década de 1990 con el surgimiento de la Liga del Norte, las tensiones regionales y el tema de la corrupción en el corazón del Estado italiano. El resultado fue una transformación radical del sistema de partidos. Sin embargo, si este ejemplo muestra las limitaciones del tipo de evidencia presentada en el gráfico 5.2, también pone de relieve las limitaciones de un enfoque

como el de Sartori que subsume la actitud mostrada por un partido ante el régimen, en la noción de distancia ideológica.

Además, debemos considerar la excepción británica. No cabe duda de que si Laver y Hunt hubieran realizado sus investigaciones a principios de los años setenta, los resultados hubieran mostrado una distancia menor entre los partidos Laborista y Conservador. ¿Cómo cabe interpretar esta gran brecha ideológica? Si los líderes mantuvieran estos puntos de vista durante el tiempo suficiente, lo previsible sería un giro hacia el estilo de política evidente en la Austria de entreguerras: una división social extrema en un sistema bipartidista. Pero las presiones electorales ejercidas sobre los dos partidos para que se acercaran el uno al otro han sido intensas, especialmente para el Partido Laborista, que deseaba hacerse de nuevo con el poder. De modo que en los resultados probables de una repetición del análisis de Laver y Hunt realizado a finales de los años noventa, se aprecia un estrechamiento considerable de la brecha existente entre ambos partidos. Esta es la razón por la que se podría aducir que la experiencia británica de los años ochenta no mina la viabilidad general del marco de Sartori. De hecho se podría decir que este ejemplo muestra cómo el bipartidismo sirve para moderar las presiones centrífugas.

Pero el caso de la Austria de entreguerras al que nos acabamos de referir sí plantea serios problemas al marco de Sartori. El bipartidismo austriaco se asocia a un estilo de política amarga y tendente a la división que, eventualmente, condujo al colapso del régimen, algo que, según Sartori, precisamente se supone no debe ocurrir en un sistema bipartidista. El bipartidismo no empuja necesariamente a los partidos hacia un «terreno situado en el centro» de hecho, en algunas circunstancias, no lo hace. Además, en Argentina fue el presidencialismo el que dio alas al bipartidismo o, al menos, a tendencias dualistas, sin generar por ello una política de consenso.

¿Qué valor tiene entonces el marco de Sartori? Lo cierto es que nos brinda un punto de partida a la hora de examinar los sistemas de partidos. Nos ayuda a simplificar el mundo real de los sistemas de partidos ofreciéndonos un número limitado de tipos de sistemas y vinculando estos tipos a modelos de conducta de los partidos. Con la ayuda de este enfoque hemos ido más allá de la simple descripción de los sistemas de partidos y más allá

de la mera enumeración de los partidos. Es un mecanismo heurístico de gran utilidad, y esta es la razón por la que es importante cuando se emprende por primera vez el estudio de los partidos. Pero podemos dudar de que nos ofrezca algo más. El nexo entre fragmentación de los partidos y competición electoral en el que predomina el extremismo no es tan evidente como Sartori parece sugerir. Aun así, si nos lleva a un «punto muerto» a la hora de intentar explicar por qué se diferencian entre sí los sistemas de partidos, no deja de ser un «punto muerto» interesante en el sentido de que, una vez que lo hemos explorado, estamos en mejor posición para entender el debate sobre cómo y por qué difieren entre sí los sistemas de partidos.

Sección B

Francia

El sistema de partidos francés atravesó por un enorme cambio al hundirse la Cuarta República en 1958 y crearse la Quinta República. La respuesta a la pregunta de si este cambio se explica principalmente por las nuevas instituciones políticas o si en realidad refleja grandes transformaciones habidas en la sociedad francesa, es algo que dejaremos en suspenso hasta el capítulo 6. Pero de lo que no cabe duda es de que hubo un cambio. Bajo la Cuarta República, Francia contaba con un sistema multipartidista polarizado. En opinión de Sartori, constituía uno de los mejores ejemplos de pluralismo polarizado. En la oposición al régimen se encontraban los comunistas, sin duda el mayor partido de la izquierda, con aproximadamente un cuarto de los votos totales asegurado, y varios grupos de derechas. Hasta finales de los años cincuenta, momento en que el general De Gaulle abandonó la política electoral temporalmente y se retiró a su casa de campo, la oposición de derecha más importante en la República venía de De Gaulle y sus simpatizantes. En la Cuarta República la desilusión con las políticas del gobierno o la situación económica podían dar lugar fácilmente a giros drásticos en apoyo de los partidos extremistas. El ejemplo más conocido es el de los recién formados poujadistas, que obtuvieron un 11.7 por 100 del voto